

**HISTORIA,
CULTURA,
CIUDAD Y
ARQUITECTURA
EN LAS
METRÓPOLIS
CONTEMPORÁNEAS
DE AMÉRICA
LATINA**

Aunque pueda sonar a banalidad, parece necesario comenzar este debate recordando que 1492 marca una transición radical en América Latina y en sus ciudades: en aquellos territorios en los cuales existían antes del "descubrimiento", éstas van a ser virtualmente arrasadas; en todos, van a fundarse nuevas ciudades, de rasgos muy distintos aunque muchas veces sobre las ruinas de las preexistentes.

Esta ruptura va a significar en buena medida el reinicio de la historia del continente, cuyas principales ciudades alcanzarán su consolidación en época tan reciente como el siglo XVIII; en cambio, todavía para esas fechas las redes urbanas registran una muy débil integración que, en general, se mantendrá hasta entrado el siglo XX.

El proceso que entonces comienza va a estar fuertemente marcado por las tradiciones de la cultura occidental (y más específicamente de su variante ibérica) pero sin cancelar del todo las tradiciones precolombinas. Incluso, en algunos de esos territorios, especialmente en los del Caribe y Brasil, se injertará además la tradición

africana traída por las poblaciones esclavas.

Desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del XX, ya conformadas las sociedades nacionales, muchas de éstas van a ser impactadas por una segunda oleada de migraciones europeas, sobre todo españolas, italianas y portuguesas. Otras corrientes menores (como las alemanas y polacas, pero también las asiáticas) ejercerán un impacto no desdeñable sobre ciertas ciudades y regiones específicas.

También algunas de esas urbes han recibido en años más recientes un nuevo impacto cultural menos reconocido (y quizá también menos percibido) que los ocurridos en el pasado, tal vez por interesar a sectores de población de ingresos más bajos y de cultura más similar a la local. Se trata de las migraciones, a veces cuantiosas, provenientes de otros países del continente que, en casos como el de Caracas, incluyen contingentes no desdeñables del Caribe anglófono y francófono.

Se conforma así, a lo largo de ese proceso, uno de los rasgos

resaltantes de las sociedades latinoamericanas y de sus ciudades, como es la heterogeneidad de sus raíces culturales. Un fenómeno que, estando también en los orígenes remotos de las ciudades europeas, hoy, con las modalidades del caso, recobra vigencia en éstas.

Rigurosamente enmarcadas la mayoría de ellas en el original trazado colonial en cuadrícula, las ciudades latinoamericanas consolidaron durante los siglos XVIII y XIX centros históricos de desiguales calidades monumentales y estéticas pero todos de carácter muy definido. Sin embargo, como es conocido, durante el siglo XX la mayoría de dichas ciudades inició un rapidísimo proceso de crecimiento demográfico y de transformaciones sociales y urbanísticas que alteraron radicalmente el carácter de tales centros. En todos los casos ellos perdieron su condición de centralidad; en otros el cambio fue más radical o en todo caso más perceptible, alterando significativamente su fisonomía al extremo que en algunas ocasiones, como en Caracas, puede hablarse de la virtual desaparición del centro histórico. Pero también en los

Marco NEGRÓN
Arquitecto.
Ex decano FAU-UCV.
Presidente de la Fundación
Fondo Andrés Bello.
E-mail: mnegron@reacciun.ve

casos en los cuales se ha logrado conservar la fisonomía esencial de los centros, sus funciones y muchas veces su composición demográfica y sociocultural se han alterado sustancialmente.

No siempre se ha destacado suficientemente la significación —en relación al centro histórico, pero también a la ciudad en su conjunto— de la emergencia de nuevas centralidades, consolidadas en distintos momentos del siglo y caracterizadas de manera desigual: por las funciones asumidas, por su relación con el centro histórico y con otros centros, por la población involucrada. Estos nuevos centros albergan, en exclusividad o mezcladas, funciones gubernamentales, empresariales, comerciales o recreacionales que influyen tanto sobre la morfología de la ciudad como sobre el ritmo y los flujos de la vida urbana. Pero otros se caracterizan sobre todo por las especificidades socioculturales de la población que los habita o los utiliza. Entre los primeros se cuentan sectores de la ciudad habitados por minorías étnicas que implantan en ellos sus propios hábitos culturales y actividades tradicionales. Entre los

segundos, sectores donde se localizan los sistemas de transferencia entre los modos de transporte de la población que trabaja en el centro urbano y vive en las periferias más pobres. En algunos casos, tales sectores pueden servir a una población muy numerosa, lo que lleva a convertirlos en verdaderas plataformas de transición entre el centro de la ciudad y sus periferias pobres. En consecuencia, en ellos suele localizarse, además de los mencionados sistemas de transferencia del transporte, una vasta gama de actividades que incluyen servicios públicos, comercio y actividades de carácter cultural, religioso y recreativo. Muchas veces, por la intensidad de tráfico y de actividades y por la variedad de experiencias culturales que concentran, pueden ubicarse entre los elementos urbanos más vivaces e interesantes pese a que una visión preconcebida de la ciudad tienda a desestimarlos.

La evolución de los sistemas de transporte —especialmente los masivos— ha jugado un papel esencial en esas transformaciones. Donde ellos se han desarrollado con mayor eficiencia,

han posibilitado una accesibilidad virtualmente indiferenciada a los principales lugares de la ciudad. Eso se ha revelado especialmente conveniente para aquella parte de la población de bajos ingresos, residente en la periferia, cuyo sustento depende del ejercicio de las llamadas actividades por cuenta propia. En la búsqueda de clientela, esto les ha permitido ocupar, a veces con prepotencia e incluso con perjuicio para su propia actividad, el centro histórico y otros centros de intenso tráfico peatonal pero que antes eran de uso predominante de sectores de la población de ingresos medios y altos.

Estos cambios en la accesibilidad territorial de la población urbana más pobre y, sobre todo, de los innumerables vendedores ambulantes se cuentan entre los factores impulsores de la relocalización de las actividades, especialmente comerciales y recreacionales, de la población de ingresos más altos. Ellas han tendido a moverse hacia centros comerciales difícilmente accesibles por otro medio que no sea el automóvil particular y que, por el carácter privado de los espacios, impi-

den su ocupación por los comerciantes ambulantes. Así, aquellos han dado origen a una nueva centralidad fuertemente segregacionista, de uso exclusivo de determinados estratos sociales y caracterizada por expresiones culturales bien específicas.

A través de esos procesos, la metrópoli latinoamericana se ha convertido en una aglomeración policéntrica, donde el centro histórico ha reducido su preponderancia tradicional y compite con, cuando no ha sido sustituido por, una multitud de otros con funciones y características socioculturales muy variadas, de desarrollo frecuentemente anárquico y hasta caótico pero de indiscutible relevancia en la generación de la identidad metropolitana.

En estas condiciones, la discusión sobre el centro histórico ha perdido mucho de la significación que originalmente se le asignó, corriendo real riesgo de convertirse en un tema museológico en el sentido de la conservación (a veces puramente aparente) de algunos valores, quizá meros símbolos del pasado. En cambio se ha tendido a descuidar la discusión (y la ac-

ción) sobre los nuevos centros que, para bien y para mal, signan la vida contemporánea en la metrópoli y convergen en la formación de la cultura colectiva.

Es preciso entonces recuperar el debate dentro de este contexto más amplio, donde el centro histórico, cuando sobrevive, podría encontrar una nueva ubicación capaz de devolverle sus valores más profundos sin confinarlo a lo meramente museológico o turístico. Esto es indispensable si realmente se quiere rescatar, rompiendo las tendencias a la segregación, el carácter multicultural de la metrópoli contemporánea, especialmente de la latinoamericana, que el debate excesivamente focalizado en la relevancia cultural del centro histórico tendería inevitablemente a desfigurar y en última instancia abortar; pero también si existe una voluntad real de preservación del centro histórico, que, en las condiciones actuales de las ciudades latinoamericanas, no tiene en verdad la posibilidad de sobrevivir ni siquiera físicamente fuera de ese contexto. Sobre este punto se volverá.

Rescatar los valores histórico-culturales, estéticos y urbanis-

ticos inmanentes en el centro histórico exige, aunque suene a paradoja, reconocer que él no es sino uno —y no siempre el más importante— entre los muchos centros de la vida metropolitana. Algunos de los cuales, por lo demás, pueden guardar valores estéticos y culturales nada desdeñables de períodos más recientes; en ciertos casos —y valga de nuevo el ejemplo de Caracas— hasta superiores a los del centro histórico incluso en su fase de mayor esplendor.

No es descartable que en ocasiones el tema del centro histórico haya sido una coartada (consciente o no, esto no es demasiado importante) para distraer la atención de temas aún más acuciantes, complejos y hasta delicados del crecimiento metropolitano. La relativa armonía arquitectónica y urbanística que caracterizaba esos centros y la nostalgia por una sociedad urbana supuestamente más equilibrada y amable son sin duda factores que, sobre todo entre los estratos más educados, han contribuido a forjar una cierta mitología del centro histórico, distrayendo la atención de otros problemas que

conforman el marco dentro del cual ese rescate es posible y colaborando poco a una recuperación que sea algo distinto al maquillaje o la mera reconstrucción escenográfica. No es raro además que, especialmente en sociedades relativamente jóvenes como las latinoamericanas, el rescate del centro histórico sea planteado principalmente por las capas más cultas de la población, manteniéndose la mayoría de los estratos populares en una posición de indiferencia cuando no incluso de rechazo.

Sin compartir la ideología de *tabula rasa* que tanto y tan negativamente pesó sobre el Movimiento Moderno, no puede dejarse de reflexionar sobre la contradicción que en su momento destacó G.C. Argan: la de sociedades que conservaron con celo los "mármoles antiguos" pero que hacían un arte pobre frente a otras que, aunque de los mármoles antiguos hacían cal, creaban obras maestras. Y es que el centro histórico tiene valor, y por tanto puede ser rescatado y conservado, sólo si es culturalmente contemporáneo de su sociedad, es decir, si puede ser un elemento realmente vivo de la ciudad, inte-

gralmente incorporado a su dinámica, y no un simple objeto de disfrute visual.

Particularmente en el caso latinoamericano parece posible afirmar que el futuro del centro histórico, incluso desde la mera y engañosa perspectiva de la preservación de sus valores formales, es inseparable del futuro de la metrópoli en su conjunto. En ciudades empobrecidas y de crecimiento anárquico, es difícil imaginar otro destino del centro histórico que no sea su brutal degradación física y social. Lima, que contaba con uno de los más notables centros históricos del continente, es tal vez una anticipación de lo que podría ser ese futuro si no se actúa a tiempo y con tino.

Sin embargo, el tema del centro histórico ha tenido quizá la virtud de subrayar un aspecto que la planificación urbana reciente, con su énfasis unilateral sobre los objetivos económicos y funcionales, había descuidado peligrosamente. Se trata de los valores estéticos y ambientales del espacio urbano, que, lejos de ser un lujo, son condición necesaria para alcanzar la identidad entre los habitantes y su

medio y avanzar en el proceso civilizatorio. Sólo si se atiende a esta necesidad es posible sentar las bases para la construcción de ciudades que no sean únicamente instrumentos de la supervivencia física de la especie (y aun esto, en las condiciones actuales, es dudoso) sino además del desarrollo de una verdadera cultura de la ciudad, cuya esencia está en la convivencia en plena igualdad de derechos y el enriquecimiento mutuo de las distintas tradiciones culturales presentes en ella.

Estas someras reflexiones, antes que a respuestas, conducen a interrogantes: ¿Cómo interpretar las concepciones del habitar de los distintos componentes culturales de la ciudad, cómo traducirlas en configuraciones espaciales ética y estéticamente relevantes?; ¿cómo medir la valoración que del hábitat tiene el ciudadano común frente a las del arquitecto y del urbanista o de los promotores inmobiliarios?; ¿es posible, y cómo, conciliar los valores históricos y culturales de la ciudad y sus habitantes con las necesidades funcionales y económicas?; ¿es posible sensibilizar a la mayoría de la población res-

pecto a los valores de un centro histórico del cual hace mucho que fue expulsada o que nunca ha podido disfrutar?

No nos atrevemos a adelantar respuestas a tales interrogantes y menos dentro del grave panorama de crisis que viven nuestras sociedades. Pero sí parece posible una recomendación específica dirigida a los arquitectos y los urbanistas. Demasiado a menudo ha tendido a presentarse un divorcio y hasta una contraposición entre los preocupados por la conservación, que a veces han llegado a plantearla como un fin en sí misma, y los urbanistas preocupados por el desarrollo de la ciudad en su conjunto, propensos con frecuencia a desestimar todo lo que exceda de las consideraciones funcionales y económicas. De un lado prevalece una visión esteticista de la ciudad; del otro, una de la ciudad como máquina productiva. Superar esa fractura exige un reenfoco de la ciudad que no es nuevo, pero que esas dos visiones han desdeñado: el de la ciudad como espacio de la vida e instrumento para el desarrollo de la civilización. Se trata de superar el esteticismo vacío, aje-

no a la vida real, y el productivismo a ultranza, dispuesto a imponerse por sobre los valores ambientales y culturales que constituyen la raíz misma de la civilización. Ciertamente, el destino de las ciudades —y más aún el de las latinoamericanas, sometidas a los embates de una vertiginosa transición histórica— depende de algo más que la puesta en práctica de ese reenfoco, pero él es indispensable si se aspira a que ellas no pierdan el rol que han tenido en la historia: el de instrumentos por excelencia del proceso civilizatorio.